

Doctor Cuervo á media noche; se apeó en palacio y en seguida se reunió el Consejo de Gobierno.

Se hicieron algunas prisiones y se inició juicio contra los más comprometidos; pero el 30 de Junio se dio indulto y plena amnistía en favor de todos los encausados ó que pudieran serlo á consecuencia de los hechos del 13 del mismo mes, y se sobreseyó en los procedimientos incoados, incluso los de injurias y calumnias contra los que ese día ofendieron al Presidente de la República.

Es muy de creerse que las cosas no hubieran llegado á tal extremo si el juez que presidía el jurado, deponiendo la falsa prudencia y los miramientos indebidos, hubiera puesto á raya á los que iban á meter ruido antes de estar acalorados y empeñado su amor propio. Así procedió y con el mejor éxito D. José María Malo Blanco en los cabildos abiertos que se reunieron á fines del año, y en que la minoría liberal pretendió estorbar las elecciones con discursos y amagos tumultuosos.

Difícilmente puede darse en una república más alto ejemplo de respeto á la libertad civil que el que dio Mosquera acudiendo para reparar su honra á las tramitaciones y contingencias de un juicio, y sin embargo le llamaron tirano; prueba evidente de que los que así procedían ignoraban lo que es libertad, y de que esos gritos eran aspiraciones de almas enfermas ó aullidos de pasiones hambrientas. No tildará de temerario este juicio quien repare en que muchos de los que vociferaban contra el magistrado resp-

tuoso de la ley, le alzaron por dictador á vuelta de pocos años y le fueron mansos servidores.

Al paso que los liberales rejuvenecidos, cifrando en el triunfo electoral todas sus esperanzas y alentados con la división de sus contrarios, trabajaban como movidos por un solo espíritu, los conservadores, quebrantados con las rencillas y emulaciones, no podían obtener el resultado que correspondía á su notoria mayoría; sobre todo los partidarios del Doctor Cuervo, á fuerza de oír que era candidato ministerial, cayeron en la imprudente confianza de que el Gobierno había de hacerlo todo; cosa muy acertada si se tratase de un gobierno menos circunspecto y deseoso de dejar en completa libertad las opiniones. Agregóse á esto el concierto tácito con que liberales y goristas hacían mortal guerra á esta candidatura. Podemos juzgar de lo que sucedía en otras partes por lo que pasó en la provincia de Tunja, según lo describe en carta de 8 de Agosto D. Juan N. Neira, caballero de excelentes prendas morales é intelectuales, sobre todo de un valor incontrastable y adhesión tan sincera y firme á su causa, que el tiempo adelante mereció ser contado entre los varones insignes que una muerte violenta ha arrebatado al partido conservador: « Dos masas de poder y de intereses nos han enderezado sus golpes: el fanatismo ciego y el libertinaje desenfrenado; los clérigos á nombre de la religión proclamaron á Gori, y á nombre de ella nos juraban exterminio; y los lopistas se prometían volver á

ensangrentar el suelo de la patria á nombre de la libertad. Tres eclesiásticos merecen una honrosa excepción entre los primeros, á saber, Severo García, Barrera y Calderón; y por fortuna han recibido sus esfuerzos un espléndido premio. »

Terminadas las elecciones, ningún candidato obtuvo la mayoría requerida por la ley, y tocaba al Congreso perfeccionar la elección entre los tres que mayor número de votos habían obtenido, y que fueron: López 735, Gori 384 y Cuervo 304*. Entre los demás candidatos conservadores completaron 207 votos, de modo que la mayoría fue evidente en el partido, y de haberse cargado todos á uno solo, como lo hicieron los liberales, la superioridad hubiera sido considerable.

Pendiendo ya del Congreso la decisión de este debate, entraron los partidos á conjeturar y recontar

* Hasta esta época, rigiendo las dos constituciones de 1832 y 1843, que exigían para ser elegido presidente la mayoría absoluta de los votos de los electores, y determinaban que en caso de no obtenerla ningún candidato, eligiese el Congreso entre los tres que más votos hubieran obtenido, no se vio sino una sola elección popular, la de Santander en 1833: siendo los electores 1263, él sacó 1012 votos, y los que más se le acercaron fueron D. J. Mosquera con 121, y D. J. I. Márquez con 35. Los demás presidentes fueron todos elegidos por el Congreso, conforme á su tiempo lo hemos ido apuntando. La elección de Obando en 1853 fue también popular; pero es de advertirse que los conservadores se abstuvieron de votar, y los gólgotas, que lo hicieron por Herrera, eran poquísimos. La constitución de 1853, que estableció el sufragio universal directo, no dejó al Congreso otras funciones en el particular, que declarar la elección en favor del que hubiese obtenido la mayoría relativa de los votos de los ciudadanos.

los votos de que podían disponer. Los goristas, los primeros, juzgaron perdida su causa por este lado y empezaron á inclinarse más y más á Lopez; y desechando con mayor claridad la clasificación de liberales y conservadores, declaraban ser el justo medio entre los dos extremos, con lo cual, en caso de no atraer á su candidato uno de los otros dos bandos, podrían imponer condiciones, como árbitros que eran. Esto, por de contado, no se entiende sino de los directores, pues la masa de la parcialidad, obedeciendo al primer impulso y á las ideas que se le habían imbuído, permaneció del todo ajena á estos manejos. La cuestión entre los otros dos candidatos estaba en balanzas, y los partidarios de López calculaban que, aun siendo ciertas las esperanzas que daban los directores del bando gorista, no debían esperar que todo él siguiera ciegamente lo que se pactara, y que podían quedar vencidos con solo que disintieran tres ó cuatro de los que le representaban en el Congreso. Viéndose tan cerca del triunfo, no pudieron consentir en que se les escapase de las manos, y se determinaron á emplear todos los medios posibles para asegurarlo. Amenazaban con un alzamiento para el caso de que el Congreso no eligiese á su candidato, y la actitud que tomaban en las provincias hacía recordar los preludios de la revolución de 1840; como para abonar la justicia de su causa, hacían correr por toda la República que López contaba en el Congreso con cuarenta y ocho votos, y que si no era elegido, se debería á malas artes del Go-

bierno. Pero el medio más eficaz parecióles la fundación de sociedades adonde atraer á los artesanos y á los jóvenes de los colegios para imbuírles las seductoras doctrinas socialistas de que tanto se hablaba, y sacar de ellos prosélitos fanáticos capaces de intentarlo todo y sacrificarlo todo por su causa. Hecha esta iniciación, les inculcaban que ellos únicos constituían el pueblo soberano, árbitro de la nación. Así tenían á la mano un núcleo de gente resuelta, por si llegaba el caso de emplear la fuerza. Tal fue la sociedad que se llamó *Democrática* en Bogotá, tales los primeros *democráticos*.

El pensamiento de valerse de estas sociedades como de instrumento político no era nuevo en ellos: durante el gobierno de Márquez se fundó en Bogotá la Sociedad democrática republicana, y se enviaron emisarios á las provincias con el fin de propagarla; y aunque en algunas partes, como en Tunja, se instaló con mucha algazara y brindis á la libertad, no correspondieron á las esperanzas de sus promotores. En 1845, á tiempo que se reorganizaba el partido, se fundaron también sociedades en diversas partes y con varios títulos, las que tampoco prosperaron, por faltarles un elemento tan adecuado á remover las capas inferiores de la sociedad, como la perspectiva de una nueva organización social en que los poco favorecidos de la fortuna serían por lo menos iguales á aquellos á quienes siempre habían mirado con respeto ó con envidia.

El partido conservador, sin unidad de ideas ni de

intereses políticos, no pudo pensar en organizar otras sociedades análogas para contrarrestar las del enemigo, como lo hizo después, enardecido por el vencimiento y los ultrajes, fundando la Popular y la Filotémica. La gente calmada miraba los fieros de los liberales como efectos de exaltación pasajera, y contemplaban al Gobierno con la fuerza suficiente para atajar cualquiera tentativa de trastornar el orden. El Gobierno mismo se sentía vigoroso y seguro, y creía cumplir con su obligación no tomando medida alguna represiva mientras los exaltados no salieran del límite legal. La mayor parte de la nación, viendo esta serenidad, descansaba en ella y aguardaba como cosa fuera de duda que el Congreso, donde el Doctor Cuervo tenía la mayoría, le declarase presidente de la República.

A medida que se acercaba la reunión del Congreso, crecían y se determinaban los rumores de una coacción preparada por los liberales. Ya hemos dicho que desde que se supo el asesinato del Congreso de Caracas, fue proclamado por ellos como acto heroico, y después no se les caía de los labios el encomio de este atentado, sobre todo cuando halagaban á sus parciales llamándolos pueblo soberano y persuadiéndoles que nadie podía oponerse á su voluntad y que todo era lícito para cumplirla. Dóciles á las lecciones del *Aviso*, apacentábanse de continuo con imágenes de sangre y de matanza, dando el crimen por virtud, con tal que se cometiese con fines políticos. Así no es de admirar que proyectaran

degollar al Doctor Cuervo si se declarase la elección en su favor* Fue público que se habían comprado cuantos puñales, pistolas, trabucos y pólvora había en los almacenes de la capital; diariamente llegaban de las poblaciones comarcanas bandadas de hombres desalmados para refuerzo de los democráticos; á los diputados que iban llegando se les notificaba que había brazos prontos para hacer elegir á López; y como sello de todo, se agregaba que un ejército venezolano se movía hacia nuestra frontera para prestarles apoyo.

Cuando unos, movidos por estos antecedentes tenían por cierto que el Congreso sería teatro de una escena sangrienta, otros eran menos pesimistas; el *Nacional* de 24 de Febrero profetizaba así lo que iba á suceder: « ¿Qué será pues lo que en esta ocasión intentará ese grupo? Intimidar con gritos y con demostraciones y apariencias de fuerza y de violencia. Llevará sus seides á ocupar la barra y las galerías, y á dar gritos insolentes y amenazadores, esperando que haya diputados débiles y pusilánimes, que temiendo un estrago, voten por el candidato de los agitadores. Habrá quizá amenazas individuales, grupos que recorran las calles con el intento de imponer á los tímidos, y otros actos seme-

* « Oímos decir á un personaje de los llamados liberales y sin hacer de ello misterio, que si el Doctor Cuervo hubiera sido electo, lo habrían degollado antes de posesionarse. » M. M. Madieto, *Día*, 8 de Septiembre de 1849.

jantes. » Y agregaba: « ¿Qué debe hacer el Congreso en este caso? Hacerse guardar cumplida y escrupulosamente *todo* el respeto y veneración que se le debe; reprimir y hacer castigar pronta y severamente hasta la más ligera falta que en ofensa suya se cometa. »

El día 1.º de Marzo se reunieron las Cámaras y eligieron por presidentes, el Senado á D. Juan Clímaco Ordóñez y la Cámara de Representantes á D. Mariano Ospina; así pues los conservadores pusieron en cierto modo su suerte en manos de los partidarios de Gori, pues el señor Ordóñez, á quien correspondía presidir el Congreso, era uno de ellos.

El enlace de los acontecimientos permite suponer que si bien la turba del partido liberal pudiera llegar á mancharse con sangre, sus jefes procuraron probar si bastaba con la intimidación. El 13 de Junio había hecho ver que por más que el presidente Mosquera quisiese emplear la fuerza para ahogar un motín, no faltarían quienes lo contuvieran, y esto era ya una premisa de mucha significación. Además que, como ellos no cometiesen en la calle ningún desafuero, estaban seguros de que la fuerza pública no invadiría el local del Congreso si éste no la llamaba. El 2 de Marzo acudieron en gran número los democráticos á la Cámara de Representantes é insultaron groseramente á los conservadores que tomaron la palabra: el presidente Ospina por primera y segunda vez los excitó inútilmente al orden; quiso hacer despejar el recinto, y al efecto ordenó al Secretario pusiese una comunicación pidiendo el auxilio de la

policía, y éste no se atrevió á hacerlo; llamado el Gobernador de la provincia y requerido para que formase el sumario y promoviese el enjuiciamiento de los culpados, se contentó con suplicar á éstos que se retirasen. Este amago del Presidente, frustrado por la indecisión de la Cámara y las contemplaciones de la autoridad política, enseñó á los alborotadores qué era lo que podían temer y los alentó para mayores hazañas.

A todo esto el Senado, queriendo cortar las maquinaciones que acaloraban los enemigos del orden, invitó desde el día de su instalación á la otra cámara para que al siguiente se reuniesen en la iglesia de Santo Domingo á fin de proceder á los escrutinios y hacer la elección de presidente de la República; mas la Cámara no vino en ello. Reiterada la invitación el tres de Marzo é indicado al efecto, no ya Santo Domingo, sino el salón en que se reunía la Cámara, segunda vez se negó ésta. Los liberales, sobre todo, cuyos planes se desmoronaban con el cambio de local, amenazaron con no concurrir si se efectuaba tal designio. Estas discordancias sugirieron la idea de convocar á los diputados conservadores para una junta que se verificó en casa de D. Raimundo Santamaría el 4 de Marzo; en la cual después de inútiles tentativas para que conviniesen todos en votar por un solo candidato, uno de los concurrentes expuso circunstanciadamente y asegurando saberlo de ciencia cierta, el plan concertado para arrancar la elección de López. Los hechos comprobaron la verdad

del anuncio; pero, como sucede á los hombres honrados, hubo allí muchos que no creyeron posible tanta maldad, y aunque para llevar á efecto el crimen era base que el Congreso se reuniera, como era costumbre para semejantes casos, en la iglesia de Santo Domingo, la junta no quiso admitir cambio alguno en el particular, y se limitó á convenir en que las cámaras se reunirían el día 6 y que los presidentes tomarían las medidas oportunas para la seguridad de los diputados.

Al efecto rodeóse el recinto en que debía reunirse el Congreso con una barrera que, dejando un espacio conveniente, impedía que llegaran los concurrentes á mezclarse con los diputados, lo cual era, según estaba denunciado, uno de los medios que habían de poner la libertad y aun la vida de éstos á merced de las turbas. Comenzada apenas la lectura de los registros, la interrumpió el senador Mantilla para exponer con descaro inconcebible que no oyendo perfectamente el pueblo soberano todo lo que se leía, la sesión era secreta, y por tanto el Congreso estaba infringiendo la Constitución y de hecho invalidando la elección misma; y después de otras impertinencias encaminadas á deprimir el Congreso y adular á sus partidarios, acabó pidiendo que se quitase la barrera mencionada. Mientras duraba la discusión suscitada por esta arenga, fueron cortadas las cuerdas que mantenían la barrera, y una oleada de populacho invadió con salvaje algazara el recinto de los diputados. Para hacerlos retirar no bastó la

energía con que algunos protestaron contra semejante atentado, ni las exhortaciones del Presidente del Congreso; fue menester que los diputados liberales se lo ordenasen. Con esto y la condescendencia de acercar á la barra las mesas de los escrutadores y secretarios pudo continuar la sesión. Una vez más se dejó, pues, atropellar el Congreso sin emplear los medios que estaban en su mano para sostener su dignidad é independencia. En el acta de este día no se mencionó el escándalo; si por moderación, por debilidad ó por vergüenza, no se sabe.

El miércoles 7 de Marzo de 1849 es sin duda uno de los días que menos pueden olvidarse en nuestra historia moderna. En él se vio á una turba soez, aleccionada de antemano, usurpar el nombre del pueblo, violar el recinto del Congreso de acuerdo con los diputados de su bando, y obedeciendo á sus órdenes, asediar por largas horas á la mayoría hasta sacar electo al hombre que debía el primero subrogar en el gobierno, sistemáticamente y jactándose de ello, al nombre de la nación el nombre de un partido. El acta misma de esta sesión nos presenta los lineamentos del execrable suceso, y testigos intachables, cuyo dicho hasta ahora nadie ha revocado á duda, nos han conservado todos sus incidentes; nosotros no haremos sino bosquejar rápidamente tan triste cuadro*.

* La relación más circunstanciada es la que se halla en los números 19 á 27 de la *Civilización*.

Desde temprano acudieron los democráticos; los conocidos por más temibles entraron al templo y cercaron el espacio donde estaban los asientos de los diputados, ocupando todas las salidas; la turba restante quedó encargada de mantener la agitación en la calle. Todos llevaban en el sombrero divisas rojas que decían: *Viva López, candidato popular*; hacían juego con estas divisas las blancas que llevaban al brazo algunas mujeres esparcidas por los balcones de las casas inmediatas, con el mote *Viva López, terror de los conserveros**.

Los diputados conservadores atravesaron impávidos la muchedumbre hasta llegar á sus puestos, sin que se les ocurriera mirar por su seguridad ó reclamar contra la violencia que anunciaban las miradas amenazadoras que les clavaban. López, según era sabido, contaba con treinta y tres votos decididos, más cuatro que se le agregaron á última hora; dos Cuervistas dejaron de concurrir por miedo. Abierta la sesión á las diez de la mañana, después de algunos preliminares se dio principio á la elección, y en el escrutinio cada vez que se pronunciaba el nombre de López, prorrumpían sus partidarios en estrepitosos aplausos, así como recibían el de Cuervo con vociferaciones de befa é improperio. Resultaron treinta y siete votos por el Doctor Cuervo, igual número por el general López y diez por el doctor Gori. La siguiente votación debía concretarse

* Véase el *Neogranadino* de 10 de Marzo.

á los dos primeros, de modo que á los Goristas tocaba decidir la elección; era natural pensar que votarían con sus copartidarios de poco antes, pero no sucedió así, que varios movidos de odio ó ganados con la promesa de un destino*, se fueron á López. Antes de proceder á la votación declaró el Presidente que, habiendo obtenido en el escrutinio que acababa de hacerse igual número de votos los dos candidatos, no se adjudicarían á ninguno de ellos los votos en blanco que pudieran resultar en el escrutinio siguiente. Al hacerse, se repitió el mismo alboroto. Cuarenta votos llevaba cada candidato y dos habían salido en blanco, cuando se pronunció una vez más el nombre del Doctor Cuervo: momento de silencio pavoroso en que los amotinados hacen ademán de aperebir las armas, y con miradas de furor ansioso parecen convenirse para obrar; en seguida el último voto por el Doctor Cuervo. Aquí rompen los democráticos las barreras, invaden el recinto de los diputados, y los arrollan hasta la mesa del Presidente, amagando á algunos con los puñales. Varios diputados lopistas, subiéndose á las sillas y á las mesas, logran contenerlos gritando: « Todavía no hay elección », y en frase más breve y significativa: « Todavía no ». Hecha tercera votación, la grito fue más frenética, el atropello más violento; dos horas hubo que aguardar para hacer el escru-

* Es sabido que algunos diputados goristas obtuvieron empleos tan luego como López subió al poder.

tinio, mientras el Gobernador de la provincia, allí presente, conseguía que lentamente se retirasen hasta la puerta del templo. Continuando la sesión, el general José María Ortega, cuyo valor probado desde la guerra de la Independencia, daba bien á entender que sólo obedecía ahora á la voz del patriotismo, propuso se suspendiera la elección hasta que se designase nuevo día. Los más de los conservadores sostuvieron esta proposición, para salvar la dignidad nacional, y algunos hablaron con la entereza y vehemencia propias del más alto valor personal. D. Manuel de Jesús Quijano dijo entre otras cosas: « Aquí no hay Congreso; nosotros no podemos elegir al presidente de la República; no queda otro camino que romper estas hojas de papel » (y rompió las papeletas en que estaban escritos los nombres de los candidatos) « y que el populacho de Bogotá, que se ha erigido en soberano, proclame el presidente que él se ha elegido. El Congreso no tiene seguridad, no tiene libertad; aquí no hay representación nacional, aquí no hay constitución. » Y concluyó dirigiéndose á los diputados liberales: « Mis manos no se mancharán con sangre de bandidos miserables; cuando los asesinos den principio á la tarea preparada, vosotros que sois sus jefes y directores, obtendréis mi preferencia. » D. Juan N. Neira desechando la proposición de suspensión, exclamó: « Este es el momento de sublime prueba para un republicano; mi pecho no palpita, mi mano no tiembla á la sonrisa de los asesinos, al reflejo fatídico de los puñales.